

Por la misma razon consigue tambien el penitente una tranquilidad y paz en su conciencia, tanto mas apetecible, quanto mayor ha sido la tempestuosa inquietud en que ha fluctuado. Las obras buenas, por último, en que se habia ejercitado ántes que desgraciadamente hubiese sido arrastrado por el torrente de la culpa, vuelven á revivir de nuevo, sirviéndole de mérito; pues que no estando muertas sino solo mortificadas por la culpa, borrada ésta, quedan con su antiguo esplendor.

Animaos, pues, pecadores desconfiados y pusilánimes, al ver los admirables frutos de la confesion sacramental: confiados en la omnipotente misericordia del Dios de las clemencias, no dudemos acudir á este inagotable tesoro de piedad que nos dejó Jesucristo en su santa Iglesia.



DIA TRES.

San Hilario, diácono mártir, y San Malaquías, arzobispo de Armágh.

SAN HILARIO, DIACONO, MARTIR.

Entre los muchos y esclarecidos mártires que hizo la cruel persecucion del emperador Maximiano, fué uno de los mas recomendables San Hilario. Era diácono de la iglesia Romana, y nada intimidado por los tormentos con que aquel tirano trataba de apartar á los cristianos de la fé de Cristo, ó sacrificarlos atrozmente, desempeñaba las funciones de su ministerio y hacia una profesion manifiesta de la religion cristiana. Por lo qual reducido á prision y sufrido el interrogatorio en que ordinariamente se ponian por aquellos jueces inicuos los medios mas eficaces para desquiciar á un cristiano de su religion, el Santo Diácono Hilario se mostró mas valiente y mas decidido que nunca á sostenersé en la fé y dar la vida por su Redentor. Maximiano nó era hombre que pudiera sufrir con paciencia una repulsa tan vigorosa de sus soberbias intimaciones: violentóse en efecto, y la órden mas ejecutiva para que se hiciese efectivo el martirio de nuestro Santo, fué el resultado de su furor. En efecto, los ejecutores de la sentencia que abrazaba tambien al Santo Presbítero Valentino, condujeron á estos dos ilustres confesores de Cristo á la orilla del Tiber y los precipitaron en sus audalosas aguas, seguros del logro de su tiránica empresa; pero

*S. Hilario Mártir.**S. Malaquías Arzobispo.**S. Carlos Borromeo.**Sta. Modesta Virgen.*

¿qué pueden la astucia y la fuerza del hombre contra la Sabiduría y el poder del Altísimo? Los gloriosos mártires caen realmente en las aguas del Tiber, que en su abundancia y rápida corriente debían haberlos ahogado y llevado muy lejos sus sagradas reliquias; pero un ángel de Dios aparece á confundir á sus perseguidores, libra de la muerte á Hilario y Valentino, y los restituye á la tierra, no ciertamente para privarlos de la corona del martirio, sino para que la ganen á costa de un sacrificio mas doloroso y mas sangriento con que aumenten la gloria de que han de ser premiados. Así se verifica; porque el juez inhumano, luego que los ve en tierra los mandá degollar, y aquellos que no temieron el precipicio, dieron igualmente sus cuellos á la segur del bárbaro lictor, volando sus almas esplendorosas, á recibir el premio de su valor y su constancia.

San Malaquías, arzobispo de Armágh.

San Malaquías nació en Armágh en la Irlanda el año 1098, de padres virtuosos y nobles. Púsosele en el bautismo el nombre de Magl-Maodhog, que significa en irlandés un tonsurado dedicado á San Maodhog. Recibió de niño una virtuosa educacion, tanto de su piadosa madre como de sus ayos y maestros, de la que supo aprovecharse por su docilidad, genio humilde y santas inclinaciones, que se hicieron notar desde que lo alumbró la luz de la razón.

Siendo muy jóven nuestro Santo, se retiró con San Imario, á la casa que este habitaba retirado de la sociedad en las inmediaciones de la iglesia principal, y encerrándose en una celda pasaba el tiempo en la oracion y otras prácticas piadosas, sin hacer caso de las murmuraciones de no pocos de sus amigos. El ejemplo de Malaquías movió á otros jóvenes á asociarse á su compañía, y en efecto se reunieron varios en la misma habitacion, dedicándose á la perfeccion de la vida cristiana, á la penitencia y soledad. Entre todos estos varones justos se hizo distinguir nuestro Santo, y su maestro San Imario y el arzobispo de Armágh lo comprometieron á recibir las órdenes, y en poco tiempo ascendió al sacerdocio, aun dispensándole la edad señalada por los cánones.

Elevado Malaquías á la dignidad de presbítero fué nombrado vicario por el arzobispo; y dedicándose á la predicacion, logró la reforma de las costumbres públicas en Irlanda, y que el pueblo fue-

se bien instruido en los verdaderos principios de la religion, y tambien hizo varias reformas á la disciplina eclesiástica, que fueron aprobadas por su prelado. Pasó despues á perfeccionarse en las ciencias eclesiásticas con Malcho, obispo de Lismora, en cuya compañía adquirió profundos conocimientos, y ayudó á dirigir á Cormác, que despojado de su reino se habia resuelto á apartarse del mundo y seguir una vida perfecta.

Pasado algun tiempo, mandó llamar el arzobispo Armagh á Malaquías, para encargarle la reforma de la abadía de Benchor, que se habia apartado de su primitivo fervor. Obedeció gustoso nuestro Santo; encargóse del gobierno de aquel monasterio, arregló sus rentas y reparó la fábrica material que se estaba arruinando; y puesto en buen estado todo lo temporal del establecimiento, se dedicó fervorosamente al arreglo de la disciplina monástica. Sus ejemplos fueron la regla viva en que los monges aprendian los preceptos y las reglas de la vida religiosa; y con tan eficaces lecciones y varios milagros que Dios hizo por su medio, logró volver el esplendor de la observancia á aquella comunidad, conciliándose al mismo tiempo una alta reputacion de Santo.

Apenas tenia Malaquías treinta años, cuando fué nombrado obispo de Connor, dignidad que admitió obligado por su prelado y por su maestro San Imario. Halló á su grey en un estado espantoso de relajacion, al grado de que sus ovejas se rehusaban aun á asistir al templo á oír la divina palabra. Esta infeliz situacion los habia conducido á una ignorancia crasísima y á una horrible corrupcion; pero nuestro Santo animado del celo pastoral, y sufriendo pacientemente los insultos, las burlas y desprecios de aquellos malos cristianos, visitó todos los lugares de su diócesis, predicó por todas partes la doctrina evangélica, y auxiliado de varios sacerdotes virtuosos que él mismo habia instruido, logró reformar á sus pueblos, triunfó de su obstinacion, y convirtió un pais, semillero ántes de delitos, en vergel de las virtudes cristianas.

Gozaba Malaquías del triunfo de sus heroicas empresas, cuando se vió precisado á abandonar á su diócesis por la irrupcion de las tropas del rey de Wstér. Retiróse á Munster, donde fundó el monasterio de Cork; y cuando se hallaba mas gustoso en el silencio del claustro, tuvo que salir de él por la muerte del arzobispo Celso que lo habia nombrado por sucesor en la silla de Armagh. El abuso que entonces habia en aquella iglesia en que la dignidad arzo-

bispal se habia vuelto hereditaria en una familia, causó graves persecuciones á nuestro santo, pues uno de los parientes de Celso, desentendiéndose de la eleccion canónica, hecha por los diocesanos y el legado apostólico de Irlanda, en Malaquías, se hizo consagrar de arzobispo en la capital de la diócesis. Aquella usurpacion produjo un cisma; pero obligado nuestro Santo por varios obispos, y reconocido por todos los fieles residentes fuera de la capital, continuó en el gobierno hasta el fallecimiento del usurpador.

Muerto éste, volvieron á ocurrir nuevos disturbios, al punto de intentar asesinar á Malaquías. Pero la prudencia y la santidad de éste, lograron restituir la paz á aquella iglesia. Malaquías tomó posesion de su catedral, estinguíó el antiguo abuso anti-canónico de la eleccion de arzobispo, reformó el clero, corrigió las costumbres públicas; y habiendo nombrado por sucesor suyo al virtuoso presbítero Gelacio (segun el convenio que habia hecho con los diocesanos á su ingreso en la dignidad arzobispal, se retiró á su diócesis de Down, despues de haberla separado de la de Connok, á la que estaba ántes unida. Fundó aquí una comunidad de canónigos regulares, y vivia con ellos en oracion, soledad y otros ejercicios de virtud.

Malaquías deseaba obtener de la silla apostólica, la aprobacion de todo lo que habia hecho en su diócesis sobre algunas reformas en la disciplina eclesiástica, y con este intento y el de que se le concediera el uso del palio al arzobispo de Armagh y á otro metropolitano, emprendió un viage á Roma en el año 1139. Tomó el camino de York, y pasando por Francia, visitó á San Bernardo en el convento de Clairvaux, donde dejó impresa en el corazon de todos los monges la memoria de su santidad. De allí se apartó con la idea de solicitar el permiso del papa para vivir el resto de sus dias entre los monges Bernardos, de cuya virtud habia quedado admirado; pero Inocencio II que lo recibió en Roma con mucho aprecio y aprobó cuanto habia hecho en su diócesis, no pudo permitirle que abandonara su grey, donde hacia mucha falta, por habitar el convento de Clairvaux. Lo nombró el pontífice su legado en Irlanda, y vuelto á Roma Malaquías volvió á visitar á San Bernardo: despidióse de él con mucho sentimiento, dejándole cuatro de sus discípulos que lo seguian para que tomaran el hábito de monges. Volvió á Down, y desempeñó en Irlanda el empleo de legado pontificio, ya predicando el Evangelio, ya celebrando sínodos, y ya instruyendo y catequizando al pueblo.

San Bernardo y San Carlos Borromeo refieren un milagro portentoso de Malaquías, para inspirar á los sacerdotes el sumo cuidado que han de tener en la administracion de los sacramentos. Dice San Bernardo que estando gravemente enferma una dama, deseaba Malaquías administrarle la Extrema-Uncion; y los que la asistian hicieron que se difiriera hasta el dia siguiente, para que recibiera el sacramento con mas tranquilidad; pero á la mitad de la noche murió la dama, y nuestro Santo lleno de tristeza por haber visto que no habia recibido la Extrema-Uncion, se puso de rodillas junto á su lecho para pedirle á Dios le volviese la vida. Al amanecer se incorporó la dama en su cama, causando grande asombro á los circunstantes, y Malaquías le administró inmediatamente el Sacramento de la Extrema-Uncion, que le restituyó la salud y vivió el tiempo suficiente para poder cumplir la penitencia, muriendo despues, de la misma enfermedad.

Deseando Malaquías aumentar el culto divino en su diócesis, edificó un suntuoso templo, no al estilo de la arquitectura de Irlanda, sino segun el uso de otros paises que él habia visitado. Tambien reedificó la Catedral de Down, despues de lo cual quiso ir á Francia donde estaba el papa Eugenio III, para tratar con él algunas cosas que tenian por objeto el mayor lustre de la iglesia irlandesa, y volver á pedir el palio para los dos metropolitanos que no habian podido mandar Inocencio II ni los otros dos pontífices que le precedieron á Eugenio. Antes de que Malaquías llegara á Francia, ya habia salido de ella Eugenio, y nuestro Santo quiso visitar á San Bernardo, á cuyo efecto fué al convento de Clairvaux, lugar que le estaba destinado para salir de esta vida. Llegó aquí en el año 1148, y fué recibido con mucha alegría por San Bernardo y sus monges, y á poco tiempo le asaltó una fiebre maligna que lo puso en los umbrales del sepulcro. Debilitadas ya sus fuerzas, pero aumentado su celo, pidió que lo llevaran á la iglesia, donde recibió el viático y la Extrema-Uncion, y murió el 2 de Noviembre del año 1148, á los cincuenta y cuatro de su edad. Su cuerpo fué sepultado en la capilla de nuestra Señora de Clairvaux, y en el momento de sepultarlo, hizo Dios un milagro para probar la santidad de Malaquías, que fué el de restituir la salud á un jóven que estaba atacado de una perlesía mortal. Fué canonizado nuestro Santo por el papa Clemente III ó el IV de este nombre, segun consta de una bula dirigida al capítulo general cisterciense, que se verificó en el año tercero de su pontificado.

La Epístola es del capítulo VIII de la del Apóstol San Pablo á los romanos.

Hermanos: Somos deudores, no á la carne para vivir segun la carne. Porque si viviereis segun la carne, morireis; pero si mortificareis los hechos de la carne con el espíritu vivireis. Pues todos aquellos que son movidos por el espíritu de Dios, son hijos de Dios. Porque no habeis recibido otra vez el espíritu de servidumbre para temer, sino que recibisteis el espíritu de adopcion de hijos, en virtud del cual clamamos: Abba (ó Padre). Porque el mismo Espíritu está dando testimonio á nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y siendo hijos, somos tambien herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo: para que si padecemos con él, tambien con él seamos glorificados.

El Evangelio es del capítulo V de San Mateo (Pág. 317.)

En aquel tiempo: Viendo Jesus las turbas, se subió á un monte, donde habiéndose sentado &c.

MEDITACION.

Sobre la pobreza monacal.

Considera que la pobreza monacal es de tal condicion, que aunque de hecho no se sufran las privaciones y carencias que por lo comun padecen los pobres, se tiene todo el mérito que puede darse en el desprendimiento universal de todas las cosas; porque la esencia de esta pobreza consiste en no tener dominio alguno sobre las cosas que se usan, y en depender de la voluntad del superior, para el preciso uso y consumo de lo necesario para la vida; de modo que si no se obtiene este consentimiento por una licencia formal, no sea al religioso lícito usar ó consumir la cosa, porque carece absolutamente de toda especie de dominio sobre ella. Esto nos hace ver que esta virtud pide para su digno ejercicio mucho espíritu; pues de otro modo, ni tendrá todo el mérito que pudiera tener, ni se excusará de algunas faltas en su voto, ni podrá llevarla á la perfeccion que le obliga el estado. El fin de éste es promover el aprovechamiento del espíritu, y éste no se logra mientras nuestras virtudes sean en sus obras un puro mecanismo, ó una habitud de obrar por mera costumbre, sin actuarse de la obra, sin rectificar la intencion, sin poner la mira en el agrado de Dios, sin procurar el ade-

lantamiento y perfeccion en su ejercicio; finalmente, sin poner nuestro fin en lo que Dios quiere que le pongamos, esto es, en el desprendimiento universal, en la verdadera pobreza de espíritu.

Considera que aunque por la pobreza de espíritu de que habla Jesucristo, entienden los santos padres la humildad de corazón, esto no quita que se pueda aplicar, y en efecto se aplique al desprendimiento del espíritu, conque dejando la afición y apego á las criaturas, viene á quedar verdaderamente pobre de los bienes terrenos; lo que es absolutamente indispensable para que se dé la virtud de la pobreza y se tenga mérito en ella. Si así no fuera, se seguiría que todos los que de hecho son pobres, serian virtuosos; y tanto mas virtuosos cuanto mas pobres; pero no es así; porque ¿qué virtud de pobreza puede darse en aquel que sufre á mas no poder su indigencia, se impacienta, se irrita y llega á puntos de desesperarse? ¿Podrá tener mérito en ella? Por el contrario, ¿cuánto mérito no se da en aquel que aunque materialmente tenga y posea los bienes, está con el espíritu desprendido de ellos, de modo que en la hora que Dios quiera quitárselos, ó el superior le mande que los deje, en esa hora los entregue ó los vea ir como Job y Tobías sin alterarse, y ántes por el contrario, dando gracias á Dios, porque se ha hecho su voluntad santísima? Desengañémonos: no está el mérito de la pobreza en carecer de las cosas, sino en el desapego del corazón, y á este se dirige en la persona religiosa la falta de dominio sobre lo que tiene ó usa. Tampoco está el mérito en que sea muy cuantioso lo que se deje ó renuncie por Dios; sino en que se deje enteramente, aunque sea poco, y se deje con toda voluntad. San Pedro y los mas de los apóstoles no dejaron mas que una pobre barca y unas redes; pero en eso poco dejaron todo cuanto poseian, y lo dejaron con el mayor gusto por seguir á Jesus. Así en la persona religiosa se pesará delante de Dios lo absoluto de su desprendimiento, para darle por ello el cien doblado y la vida eterna.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Hay personas que aunque en lo de mas interes ven las cosas con indiferencia, no saben renunciar de ciertas pequeñas comodidades y del apego á cosas de poca entidad, que no por serlo dejan de llevarles toda su atencion. Ellas procuran calmar los reclamos de su conciencia con la excusa de lo corto ó pequeño del objeto; pero se engañan mucho, porque si su corazón está todo en esta pequeñez,

ya no es poco sino mucho lo que defraudan á Dios y á la virtud; pues Dios no se contenta con menos que todo el corazón, ni lo quiere partido ó dividido. El que así se divide entre Dios y la criatura, no hace de Dios la estimacion que debe, sino que le considera como una de tantas cosas entre quienes puede repartir su cariño, infiriéndole en esto un agravio atroz. Sea, pues, nuestro propósito desprender nuestro corazón de las criaturas para dárselo á Dios; y pidamos á aquel Hijo del Hombre que no tenia en que reclinar su cabeza, que murió desnudo en una cruz, que fué amortajado con una sábana ajena, y puesto en un sepulcro fabricado para otro, que nos conceda un verdadero amor á la pobreza, y el mejor desempeño de ella á los que la tienen por especial obligacion.

JACULATORIA.

Haz, Señor, que esté mi corazón en donde está mi verdadero tesoro, que eres tú, riqueza de los cielos.

LECCION.

Sobre la contrición.

Para la integridad del sacramento de la Penitencia, y el pleno y perfecto perdon de las culpas, se requieren de institucion divina, tres actos del mismo penitente: contrición de corazón, confesion de boca, y satisfaccion de obra. “La contrición, que ocupa el primer lugar, es un intenso dolor y detestacion del pecado cometido, con propósito de no pecar en lo de adelante.” Así la define el sagrado concilio de Trento, quien manifiesta “que en todos tiempos ha sido necesario este movimiento y acto de contrición para alcanzar el perdon de los pecados; y en el hombre que ha delinquido despues del bautismo, lo va últimamente preparando hasta lograr la remision de sus culpas, si se agrega á la contrición la confianza en la divina misericordia, y el propósito de hacer cuanto se requiere para recibir rectamente este sacramento. Por lo que declara el santo concilio, que la contrición incluye no solo la separacion del pecado y el propósito y principio efectivo de una vida nueva, sino tambien el aborrecimiento de la antigua, segun aquellas palabras de Ezequiel: *Echad de vosotros todas vuestras iniquidades con las que habeis prevaricado; formaos un corazón nuevo y un nuevo espíritu.* Y á la verdad quien considerare aquellos clamores de los Santos: *Contra tí solo pequé, y en tu presencia cometí mi delito....*

Estuve oprimido en medio de mis gemidos: Regaré con lágrimas todas las noches mi lecho: Repasaré en tu presencia con amargura de mi alma todo el discurso de mi vida, y otras expresiones de la misma especie, comprenderá fácilmente que dimanaron todas de un odio vehemente de la vida pasada y de una detestacion grande del pecado.

Se llama contricion este dolor, porque quebranta, digámoslo así, los corazones y ablanda su dureza; mas para que sea perfecto y verdadero, debe ser interior, sobrenatural, sumo y universal. Esplicaremos brevemente cada una de estas cualidades.

La contricion debe ser interior, porque debe proceder del íntimo afecto del corazón, y no bastan las palabras solas, ni es suficiente rezar un acto de contricion, pronunciado acaso sin reflexion y sin la atencion y el afecto necesario. El corazón es el principio de todos los pecados; luego él es el que debe quebrantarse, y la conversion debe salir de lo íntimo de su afecto.

Mas no es necesario, como advierte muy bien Santo Tomas, que este dolor grande y vehemente se regule ó dé á conocer por el dolor exterior y sensible. "El dolor de los pecados, dice un prudente escritor, consiste en la resolucion decidida de la voluntad que detesta las culpas pasadas, y no quiere ya cometerlas en adelante; por lo mismo para que sea verdadera la contricion, no se necesitan lágrimas, ni suspiros, ni conmocion alguna sensible; al contrario, muy bien puede haber en nosotros un dolor que nos justifique en medio de las mas grandes sequedades, que tal vez nos parecerán insensibilidad." No hay que hacerse violencia para excitarse á contricion; la violencia solo produce confusion y opresion de espíritu; mas en medio de la profunda paz del corazón puede elevarse á Dios, diciéndole que quisiera no haberle ofendido, y que con su auxilio no le ofenderá jamas. La contricion es efecto del amor, y el amor debe obrar con tranquilidad. San Francisco de Sales asegura, "que el acto de contricion se puede hacer en un momento ó con dos rápidas miradas; una hácia nosotros, detestando el pecado, y otra hácia Dios, prometiéndole la enmienda, y esperando lograrla con sus auxilios." Uno de los penitentes mejor contritos, el Santo rey David, esplicó su dolor con solo una palabra. *Pequé*, dijo, y fué justificado. Algunas personas timoratas dicen que quisieran tener contricion; pero que no pueden tenerla. La respuesta la da el mismo santo. "Es un gran poder, dice, el poder querer: el deseo de la

contricion, denota que ya hay contricion. El fuego oculto bajo de la ceniza no se ve ni se siente; pero él existe." El querer sentir la contricion, nace muchas veces de una interesada complacencia propia, que no contenta con satisfacer á Dios; quisiera tambien satisfacerse á sí misma y tener en su sensacion una prueba manifiesta de su bondad y virtud. No deja Dios conocer la contricion, para dejar el mérito de la obediencia que ordena el sosiego. Aun los mas grandes Santos pensaban á veces que no tenian contricion; pero en medio de las tinieblas en que se hallaban, seguian con sumision heroica el farol claro de la obediencia.

La contricion debe ser sobrenatural, esto es, debe tener por origen y principio, á la fé y al impulso é inspiracion del Espíritu Santo, y no á ningun motivo natural. El que llora su pecado y se duele de él á causa de la vergüenza y del castigo que por él recibe á los ojos de los hombres, no tiene sino un dolor natural; pero el que se arrepiente de su culpa porque desagrada á Dios y lo escluye de la gracia eterna haciéndolo merecedor de las penas eternas, tiene dolor sobrenatural. *Convertios á mí, de todo corazón*, dice el Señor por boca del profeta Joel. Y hablando el Apóstol San Pablo á los corintios, les dice: *La tristeza que es segun Dios, obra la penitencia necesaria para la salud permanente.* San Juan Crisóstomo, hablando de la compuncion del corazón, "pongamos, dice, delante de los ojos, el infierno y las penas eternas, y pongamos tambien la enorme pena de ser arrojados y escluidos del reino de los cielos, lo que es digno de mayor dolor; pues aunque no estuviese preparado aquel castigo eterno, con solo hacernos indignos de la union con Cristo, ¿podriamos sufrir una pena mayor?" Finalmente, el sagrado concilio Tridentino condena como un error decir, que sin la operacion del Espíritu Santo y sin su ayuda, puede el hombre arrepentirse como conviene, para que se le confiera la gracia santificante.

Debe ser sumo el dolor de la contricion, es decir, que el dolor de los pecados debe ser mayor que ningun otro que podamos sentir jamas; porque el bien que perdemos por el pecado es el mayor de todos los bienes; y así el mal en que incurrimos por el pecado, es el mayor de todos los males, y es justo y necesario que el dolor que sintamos por esta desgracia sea el mayor de todos los dolores. Entonces tendremos un dolor sumo del pecado, cuando sintamos mas haber ofendido á Dios, que si hubiésemos perdido la cosa mas ama-

da en el mundo: cuando prefiramos á Dios á todos los objetos criados, y cuando estemos preparados á sacrificarlos todos y aun la vida misma ántes quo ofenderlo, segun el precepto divino que afirma, no ser digno de su gracia y amistad el que amase mas que á Dios, á sus hijos, á sus padres, y que perderá la vida del alma el que hiciese mas estimacion de la suya propia que de su Dios y Señor.

Convertios á mí, esclama el Señor por el Profeta, *de todo vuestro corazon*. A la manera que el amor de Dios debe ser sin término ni medida, porque "el modo de amar á Dios, dice San Bernardo, es amarlo sin límite"; así la detestacion del pecado no debe tener restriccion, sino ser suprema y soberana.

Por último, la contricion debe ser universal, de manera que el pecador se duela de todos los pecados mortales cometidos, sin exceptuar ninguno; porque si conserva todavía alguna inclinacion dominante á cualquiera clase de culpa, la conversion no es perfecta, pues que no se aborrece al pecado por ser ofensa á Dios, en cuyo caso serian detestados todos sin distincion alguna. Aun cuando no es necesario que se hagan tantos actos de contricion cuantos pecados mortales se hayan cometido; es necesario, sin embargo, que despues de examinada la conciencia y trayéndolos individualmente á la memoria, se haga un acto de contricion que se dirija y termine á todos y cada uno. El sagrado concilio de Trento enseña que se prepara la contricion por la discusion, coleccion y detestacion de los pecados, con la que alguno recuerda los años de su vida en la amargura de su alma, ponderando la gravedad, multitud y fealdad de sus culpas. Es necesario, pues, dice el catecismo del concilio citado, aborrecer y dolernos de todos los pecados cometidos, para que no suceda que si borramos solo algunos, únicamente recibamos una fingida y simulada, y no una saludable penitencia. Porque como asienta el Apóstol Santiago: *Cualquiera que guardase toda la ley, si falta á un solo precepto, se hace reo de todos*.

Como solo el Espíritu Santo puede ablandar la dureza de nuestro corazon empedernido, hacernos aborrecibles las culpas, amable la virtud, y dulce el llanto y el gemido delante de Dios; en una palabra, formar en nosotros la verdadera contricion; y como el dolor sobrenatural que se requiere para una verdadera penitencia, es don de Dios é impulso del Espíritu divino, y es de fé que sin este auxilio no puede el hombre dolerse ni arrepentirse de sus culpas, debemos pedir á la divina bondad con instancia y fervor á ejemplo

de David, *que nos convierta á sí: que aparte de nosotros el corazon de piedra, nos crie un corazon limpio, y renueve en nuestras entrañas el espíritu recto: que nos descargue del peso de nuestras maldades, y arroje al profundo del mar todos nuestros pecados; y que perdonándonos, haga que andemos por el camino de sus divinos preceptos*.

La contricion se divide en perfecta, ó llámese simplemente contricion, y en imperfecta, ó sea atricion. La perfecta es el dolor y detestacion del pecado por el impulso de una perfecta caridad y de un puro amor, por ser Dios quien es. La imperfecta es el dolor y destacion de la culpa, originado de la consideracion de la fealdad del pecado, ó del miedo de las penas eternas del infierno.

La contricion perfecta no reconcilia al hombre con Dios sin el propósito de la confesion, aunque ántes de recibir actualmente este sacramento, justifica al pecador. Esta doctrina del concilio de Trento, se ve comprobada por la autoridad de los santos padres, y el Angélico Doctor expresamente enseña, que el sacramento de la Penitencia se perfecciona principalmente en la confesion, porque por ella se sujeta á los ministros de la Iglesia que son los dispensadores de los sacramentos. La contricion tiene anexo el voto de la confesion y de la satisfaccion impuesta por el sacerdote, á quien se hace la confesion. Y así como el bautismo libra de la muerte del pecado no solo cuando se recibe actualmente, sino cuando se tiene en voto, lo mismo debe decirse de la confesion junta con la absolucion, que segun que precede en el voto del penitente contrito, lo libra de la culpa: sin embargo, en el acto de la confesion y de la absolucion se aumenta la gracia y tambien el perdon de los pecados, si el precedente dolor de ellos no fuese suficiente para la contricion, y ademas no tuviese entonces impedimento alguno para la gracia.

De lo dicho, debemos inferir de cuánta importancia y excelencia es la contricion perfecta, y con cuánto empeño debemos disponer á ella nuestra alma para conseguir un don tan inestimable; que si por desgracia muriésemos sin confesion, con solo este dolor y el propósito de confesion en virtud de los méritos de Cristo, seriamos Justificados. Su divina bondad nos conceda en la hora de la muerte una contricion perfecta, prenda segura de la gloria eterna.